

LA INSTRUCCIÓN DE LA JUVENTUD

Necesidad del ideal.

En todos los órdenes del pensamiento y del trabajo, la instrucción es el fundamento de la acción que se va a desplegar.

Todo aquel que se inicia en la vida ha de forjarse un ideal. Desde edad temprana sus esfuerzos, encaminados en una misma dirección, serán más eficaces porque a cada dificultad superada, el poder de su acción irá aumentando, en progresión geométrica por la fuerza incontrastable de la costumbre.

Desde que la razón informa las decisiones de la voluntad e ilumina los senderos de la acción, todo joven debe proponerse un ideal que constituya en todo momento el motivo determinante de su norma de conducta; porque así su actividad, las acciones de su vida, obedeciendo a un principio constante, no se inutilizarán y no entorpecerán los esfuerzos ya realizados para alcanzar el objeto que persigue. Mientras más tarde en obrar conforme a un ideal honesto y puro, a un principio ético constante, más difícil será alcanzar la verdadera vida para el alma, porque el tiempo pasado no vuelve y el porvenir es muy limitado para ejercitarse en la virtud y porque las continuas caídas anteriores pueden enredar de nuevo el alma y llegar entonces la muerte en el momento más inesperado. ¡Quién puede describir las angustias suplicas del pecador que se agita convulsivo en los estertores de la agonía! Cerrados los ojos al resplandor de la vida que se agita bulliciosa en torno suyo y con el alma oscurecida por la sombra que proyecta, el pecado es el dolor más grande que aguarda el corazón ingrato.

Conocimiento del ideal.

De nosotros depende el evitar esa sanción la más terrible de todas.

Para ello es necesario proponerse un ideal, un principio o un motivo que informe invariablemente todas las acciones de nuestra vida. Y no es esto una afirmación gratuita, desprovista de importancia. Al contrario, no habrá hombre de espíritu recto y leal que desconozca la trascendencia práctica que en el desenvolvimiento de la vida, en la actitud de los hombres, tiene un principio ético superior como regulador permanente de conducta.

Mas si queremos orientar nuestra actividad en el sentido de un ideal salvador, es necesario conocerlo bien. No puede amarse a un ser, acariciar un ideal, si no se le conoce.

Conocer es la palabra que encierra la condición primera de todo

esfuerzo eficaz. En el orden natural de las cosas nada se hace sin conocer lo que se va hacer. El obrar porque sí, es propio de los niños irreflexivos y del hombre caprichoso o desprovisto de razón. Conocer lo que se va a hacer es una ley natural que todos cumplimos. Quien hace sin saber lo que hace, es un loco. Por eso el cristiano que cede a las seducciones del mal, renunciando el derecho a una vida de incomparable felicidad, es un loco. Pero un loco en situación especial. El loco no es responsable, pero el que se hace el loco es pasible de la sanción más severa.

Es lo que ocurre con un gran número de jóvenes. Se hacen los locos engañándose así mismos; se creen lo suficientemente instruidos como para recurrir a un libro y seguir estudiando. Es desconsolador registrar este hecho entre jóvenes católicos que ignoran de plano, muchos de ellos, algunos fundamentos de la creencia que sustentan. Desconocen por completo el por qué abrumador. Razón tienen, pues, los adversarios cuando afirman que la fe de los católicos, generalizando impropriamente, es infantil y candorosa. Que creemos por que sí, porque desde la cuna nos dijeron que debíamos creer y nos condenaríamos si rehusáramos dar nuestro corazón a Dios; que lo mismo habríamos sido ácratas si hubiésemos nacido de padres anarquistas.

Con esto no demuestran que sea estéril nuestra fé, infructuosas las virtudes que practicamos y sin sentido nuestra convicción. Solo prueban la ausencia total de entusiasmo y la escasa atención que prestamos a esos estímulos superiores que nos mueven al apostolado secular.

Si queremos, pues, actuar con provecho en el ejército del apostolado secular, recordemos lo que dice el P. Palau en su *Catálogo de acción*: «Sin mucha ilustración y sin buenos fundamentos de doctrina, no proclamarás la verdad y te confundirá la mentira.»

Porque reconocemos la necesidad de un ideal, hemos adoptado uno: «Salvar mi alma y la del prójimo». No puede darse una norma de conducta más noble, pura y fraternal; inspirada en el verdadero concepto de la caridad cristiana. Pero él supone dos cosas: piedad e ilustración. La piedad ilustrada es el medio que nos conducirá al triunfo que anhelamos alcanzar para nuestros propósitos generosos.

Debemos, por lo tanto, ilustrar

los motivos de credibilidad, de la convicción sincera de la razón, conociendo siquiera el por qué de algunos dogmas fundamentales. El pensamiento en posesión de la verdad y de los argumentos que la demuestran, será un relámpago que iluminará a las conciencias abatidas por el error. Así habremos cumplido noblemente la misión que nos ha sido encomendada y contemplaremos con amor la obra realizada y la inmortalidad será nuestro premio, pues el que salva un alma asegura la vida eterna para la suya.

Estudiemos la Religión, dedicando algunas horas a su conocimiento científico. A este fin, procuremos acostumbrarnos a la lectura pausada y reflexiva de libros buenos. Es uno de los hábitos que más ayudan para practicar la virtud. El libro es el mejor de los amigos. Consejero de nuestro espíritu, reúne todas las condiciones que debería reunir un amigo, es desinteresado, constante, sincero, sin intención aviesa en sus indicaciones, inteligente sin que, en sus manifestaciones, se deslice la duda que perturba la tranquilidad de tantos espíritus. Habla al pensamiento y al corazón con una suavidad y un amor que deleita. Sostégase el corazón fatigado por las turbulencias de la vida, quita fuerza a las pasiones agitados y aparece el resplandor de la razón iluminando por completo el escenario de la vida. Es la hora propicia para la meditación, para la concepción de ideas salvadoras, de propósitos nobles, para el conocimiento de sí mismo y de los otros, para el acierto en la elección de amigos. El libro bueno desarrolla el espíritu de investigación dentro de marcos razonables, conduce fácilmente por caminos rectos al que es imparcial en la aceptación de interpretaciones distintas, pero anhela encontrar en la verdad. El obrero del pensamiento es el hombre superior, porque su entendimiento ágil y vigoroso descubre el encadenamiento de los fenómenos que se suceden y encuentra el orden y la regularidad en lo que el ignorante solo ve un caos incomprensible.

Por eso solo hay dos aristocracias: la de la virtud primero y la del pensamiento luego.

Poetas ilustres.

A UN NIÑO

en su primera Comunión.

*Niño que por vez primera
en ese Pan consagrado,
logras el cuerpo adorado
del Dios que nos redimiera;
dicha tanta considera
al postrarte ante el altar
y debes reflexionar
de tanto misterio en pòs,
como Jesús, siendo Dios,
viene al hombre a visitar.*

*Es tu Dios que llega así
a perdonar tus pecados,
que por la Gracia lavados
quedan borrados allí.
Sólo amor quiere de ti,
y pues en toda ocasión
tantas sus bondades son,
no olvides bondades tantas
y deposita a sus plantas
entero tu corazón.*

*En las luchas de la vida,
en las duras tempestades,
donde en locas vanidades
queda el alma sumergida,
este instante no se olvida
y su memoria, grabada
en nuestra triste jornada,
es la tabla salvadora
que nos lleva redentora,
a la salvación soñada.*

*¡Ay, de aquel que sin creencia
pasa sus años primeros,
cruzando por los senderos
áridos de la existencia!
Es como flor sin esencia
que se marchita entre flores,*

*es corazón sin amores
en un desierto camino,
es un astro peregrino
que no irradia sus fulgores.*

*Precisa amar y creer
en este combate rudo,
que es la religión escudo
que nos ayuda a vencer.
Sin ella es torpe el deber
que impulsa nuestros antojos,
y cerrados nuestros ojos,
no viendo la luz del cielo
cruzamos por este suelo
como ciegos entre abrojos.*

*El recuerdo de este día
tenga en tu pecho un altar,
él te consiga alentar
en tus horas de agonía.
Al contemplarte, hago mía
dicha que logras así
y hasta reflejada en mí
llega a mi pecho doliente,
¡si vieras, niño inocente,
que envidia tengo de tí!*

Narciso DIAZ de ESCOVAR
Málaga.

Crónicas de nuestras Congregaciones.

Brillantisima fiesta de los «Luises» del Carmen.

El día 8 de los corrientes, tuvimos el gusto de asistir, invitados por la Congregación Mariana, establecida en la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, a los solemnisimos cultos que aquella dedicó a su Angélico compatrono San Luis Gonzaga.

Todos los actos de los mismos se realizaron en medio del mayor entusiasmo y con un número crecidísimo de congregantes asistentes. La solemnidad les ha acompañado en todos ellos y vamos a dar su reseña, si bien brevemente como nos lo imponen las circunstancias.

El fervor de los congregantes se puso de manifiesto en la nutridísima Comunión general de las siete y media, acto preparatorio en que adquirieron la Gracia, tan necesaria para homenajear debidamente a San Luis. Mas tarde, en la función principal, los bancos de la Congregación estaban totalmente ocupados por los Luises carmelitanos y Comisiones.

Precedió el acto una representación de las Damas Protectoras, acompañadas por el Presidente de la Congregación y miembros directivos de las de San Antolín y Santo Domingo. En esta función hizo el panegirico del Santo, el Cura Párroco de aquella Iglesia y Director de la Congregación, don Sotero González Lerma, con elocuencia y maestría extraordinarias. Su magnífica oración, en la que junto al desarrollo del tema, nos

hizo una magnífica descripción de la vida de San Luis, estuvo llena de consejos amantes para sus Luises y advertencias de sabio sacerdote para las madres cristianas, encargadas de dirigir la educación de sus hijos.

Por la tarde, a las siete, salió la lucidísima procesión —primera vez en esta Congregación— y el éxito mas completo ha coronado los esfuerzos de estos simpáticos congregantes.

En ella figuraban las imágenes de San Luis Gonzaga y la Inmaculada, artísticamente adornadas, a las que daban guardia innumerables Estanislao y Luises e Hijas de María. La presidencia de los congregantes iba formada por el Presidente don José María López Medina, acompañado de don Diego Ramirez Pastor y don Luis de Castro-Palomino, Presidente y Secretario, respectivamente, de las Congregaciones establecidas en San Antolín y Santo Domingo. El Director y los congregantes rigentes, celosísimos y trabajadores excesivos para velar por el máximo orden y licimiento.

Ya entrada la procesión en el templo, fuimos exhortados con breves palabras del Director señor González Lerma, y acto seguido la Directiva y Comisiones se reunieron íntimamente, siendo obsequiadas con esplendidez.

Enhorabuena y alabrar como hasta aquí por la gloria de nuestros ideales.

* * *

Tratamiento del CANCER y tumores malignos por el

RADIUM

Dr. Claudio Hernández Ros

Paseo del Malecón, letra C. MURCIA

Hemoglobina Asimilable STENGRE

CURA LA ANEMIA: ESTIMULA EL APETITO

